

Los recorridos modales

Francisco Serrano Osorio
Universidad Autónoma de Puebla

La semiótica greimasiana anterior al segundo *Diccionario* (Greimas y Courtés, 1986), de carácter hipotético deductivo, aunque se mostró eficaz para abordar ciertos textos, presentaba grandes dificultades para dar cuenta de algunos elementos, como las pasiones, por ejemplo. Esta imposibilidad de abordar ciertos aspectos y la eficacia con que, paradójicamente, funciona en otros casos, parece estar directamente relacionada con los recorridos, siempre deductivos y, por lo tanto, orientados invariablemente hacia el mismo lado, hacia la superficie y el pasado. Entre todos los recorridos destacaban, como coordenadas estructurantes, los que podríamos llamar ejes vertical y horizontal, a saber, *el recorrido generativo* y *el recorrido narrativo*.

El recorrido generativo

El recorrido generativo se planteó como un simulacro de producción de la significación, siempre orientado de lo profundo a lo manifiesto, de lo virtual a lo realizado, de lo simple a lo complejo, de lo abstracto a lo figurativo. La articulación del sentido consistía entonces en un proceso de discretización que hacía

surgir la significación al irle dando forma. La articulación mínima del sentido se daba en el nivel profundo en estructuras elementales y abstractas, que se iban complejizando a medida que se ascendía por el recorrido generativo, pasando por las estructuras narrativas donde los sujetos y los objetos se constituyen entre sí y donde se realizan las transformaciones, para finalmente llegar a las estructuras discursivas que ponen en escena a los actores localizados en tiempos y espacios determinados. Aunque en teoría el recorrido estaba orientado, en la práctica se hacían necesarios irs y venires para construir los simulacros de producción de la significación. En no pocas ocasiones, había que dar pequeños, y no tan pequeños saltos hacia atrás para poder llegar a la meta. Piénsese, por sólo poner unos ejemplos, en los mismos recorridos narrativos del sujeto o del destinador, o en los programas narrativos reflexivos o transitivos que requerían de las estructuras discursivas para poderse construir. Muchos de los análisis, por su parte, aunque finalmente se presentaban como si fuesen producto del recorrido generativo, en la práctica se habían hecho en sentido inverso, es decir, yendo de las estructuras discursivas, a fin de cuentas más cercanas al texto manifestado, hacia las profundas. Como consecuencia de esta orientación asumida, resultaba muy difícil integrar elementos del proceso al sistema, así como dar cuenta, no ya de universales, sino de elementos particulares o específicos de ciertas culturas. A cambio de ello, su carácter hipotético-deductivo, permitía prever casos no observados.

Las propuestas alternativas al recorrido generativo "clásico" se multiplicaron desde la aparición del *Diccionario II*. Así es como se plantearon, entre otros, recorridos cíclicos, que de alguna manera implicaban la posibilidad de un recorrido en sentido inverso al generativo y que, por lo tanto, abrían la posibilidad de acercamientos inductivos y que culminaron, como se propone en *Semiótica de las pasiones*, con el establecimiento de distintas estructuras, algunas coincidentes con las ya existentes, que pueden recorrerse de diversas maneras y en diferentes

sentidos, dependiendo de los textos y de los distintos elementos manifestados ahí. Se trata de una expansión de recorridos, todos ellos permitidos, ninguno canónico.

Los recorridos narrativos

Porque el recorrido narrativo está constituido por una serie de enunciados narrativos que se presuponen, tiene necesariamente un carácter lineal y una orientación. Esta orientación se da porque la *presuposición* equivale, en términos de Hjelmslev, a la determinación, es decir, a la función (dependencia) que existe entre una constante y una variable. Visto en términos de dos enunciados narrativos, uno modalizando al otro —por ejemplo un *poder hacer* y un *hacer*—, el enunciado modal es constante, en el sentido de que su presencia es condición necesaria para la presencia del enunciado variable —el *hacer*—, mas no a la inversa. La diferencia de estatuto entre ambos enunciados implica una orientación que va de la variable a la constante —si lo hizo es porque podía hacerlo— y que es inversa al encadenamiento temporal que sólo aparece en un nivel más superficial, en el de las estructuras discursivas, gracias a la programación temporal.¹ Sin embargo, no es siempre posible establecer una secuencia temporal entre el *poder hacer* y el *hacer*, pues en el caso límite las dos acciones son simultáneas e interdependientes, es decir que se comportan ambas como necesarias (constantes) y por lo tanto la orientación se pierde.² Pienso por ejemplo en un *hacer* que se logra sólo después de una serie de intentos fallidos; en el *poder hacer* que sólo surge en el instante mismo del *hacer*.

El recorrido narrativo del sujeto constituye una generalización del ejemplo anterior: el hecho de que un sujeto operador

¹ De este hecho, la consideración del tiempo como un efecto discursivo, me ocuparé más adelante.

² Al respecto señalan Fontanille y Zilberberg que "las «presuposiciones» que ligan el hacer a la competencia modal son, la mayor parte del tiempo, paradójicas al menos" (1998, 176).

realizara una performance —hiciera algo— necesariamente implica que tenía la capacidad para hacerlo, pues la competencia se expresa en términos de enunciados que modalizan el *hacer*.

Los recorridos narrativos se reconocen siempre *a posteriori*, lo que implica que se trata de recorridos *cerrados* al devenir.³ Su efecto es generar un cono, abierto hacia atrás, en cuyo vértice se encuentra el *hacer*. Aunque suelen construirse retrospectivamente a partir de que la transformación se realizó, es posible hacerlo en sentido inverso (hacia adelante), siempre y cuando se considere esto como un hecho.

De la misma forma, el esquema narrativo canónico se recorre siempre en el mismo sentido: *sanción, performance, competencia y manipulación*. Desde luego, *a posteriori*, sabiendo, como lo dijimos antes a propósito del recorrido, que el esquema se completó, es posible recorrerlo a la inversa, en el sentido temporal: manipulación, adquisición de la competencia, performance y sanción.

Estas cuatro fases pueden definirse en principio por la combinatoria de los verbos auxiliares *hacer* y *ser*, uno modalizando al otro. La performance, *el hacer ser*, presupone a la competencia, “*lo que hace ser*”, el *ser* del *hacer ser*, en el sentido en que si se llevó a cabo una transformación es porque *necesariamente* hubo un sujeto operador competente que la realizó. Esta presuposición es unidireccional, ya que nada, ninguna lógica, garantiza que un sujeto competente, por el simple hecho de serlo, deba realizar la performance esperada, abriéndose así toda posibilidad para la abducción y para los recorridos pasionales, encadenados, desde las estructuras narrativas, “ilógicamente” como el tiempo.

Las modalidades factitivas, el *hacer hacer* corresponden a la fase de la manipulación y el *ser ser* y las modalidades veridictorias definen la sanción.

³ Es interesante apuntar aquí cómo algunos actores suelen comportarse de la misma manera: cerrando su universo de posibilidades y limitando, por lo tanto, su competencia, pues creen que no puede ser de otra forma.

Las modalidades básicas

La competencia presupuesta del sujeto operador, del actante que realiza la transformación, está dada por cuatro modalidades del *hacer*: *querer, deber, poder y saber hacer*. Se trataba, según Greimas en “Para una teoría de las modalidades”, de un inventario provisional “en absoluto restrictivo —ya que sólo reposa en la experiencia limitada del análisis de los discursos narrativos y en descripciones de algunas lenguas europeas (alemán, inglés, francés)—” (Greimas, 1976, 90). Desde el punto de vista del recorrido generativo, “el *espacio tímico* que, a nivel de las estructuras abstractas, se supone representa las manifestaciones elementales del ser viviente en relación con su entorno, encuentra correspondencia, a nivel más superficial, antropomorfo, del recorrido generativo, en el *espacio modal*” (Greimas, 1979, 109).⁴

Ante la dificultad de establecer una taxonomía modal, Greimas propone “precisar las condiciones en las cuales las modalidades tratadas serían susceptibles de constituir series sintagmáticas ordenadas o, en su defecto, recorridos sintácticos previsibles” (1976, 94).

Es así como surge la conocida organización sintagmática de las modalidades del *hacer*, ordenadas por su modo de existencia semiótica en un recorrido de presuposiciones que va de lo realizado (la performance) a lo virtual, pasando por lo actual:

COMPETENCIA		PERFORMANCE
<i>Modalidades virtualizantes</i>	<i>Modalidades actualizantes</i>	<i>Modalidades realizantes</i>
deber hacer	poder hacer	hacer ser
querer hacer	saber hacer	

⁴ La conversión de valores —continúa Greimas— “comporta igualmente la selección de un término tímico, llamado *a verse en la relación que liga al sujeto con el objeto*. La relación entre el sujeto y el objeto, que define al sujeto como existente semióticamente, se ve así dotado de un «excedente de sentido» y el ser del sujeto se ve modalizado de un modo particular” (Greimas, 1979, 109-110).

Dicho en otras palabras, el hecho de que se haya llevado a cabo una transformación presupone que se podía o *sabía* cómo hacerla y esto a su vez presupone que se *quería* o *debía* realizarla. Aunque sólo en principio, como veremos después, se justifica que la performance presuponga al menos una modalidad virtualizante y otra actualizante, no es claro por qué debemos considerar que las modalidades actualizantes presuponen a las virtualizantes. El mismo Greimas se cuestionó al respecto cuando propuso el cuadro anterior:

Sin embargo, curiosamente, tal organización sintagmática, que nos gustaría considerar como canónica, si parece justificada *in abstracto*, como el simulacro del paso al acto, no corresponde a lo que ocurre a nivel de la manifestación y, especialmente, en los discursos que describen la adquisición de la competencia que desencadena performances: el sujeto, por ejemplo, puede estar dotado del *poder-hacer* sin poseer, sin embargo, el *querer-hacer* que debería haberle precedido. Se trata aquí de una dificultad que la catálisis, la explicitación de los presupuestos, no puede resolver por sí sola: parece como si las modalizaciones sucesivas que constituyen la competencia pragmática del sujeto no provinieran de una sola instancia original, sino de varias (de varios destinadores, diríamos en términos de gramática narrativa (Greimas, 1976: 95-96).

Este recorrido modal tiene el inconveniente de no poder explicar en muchos casos por qué se realiza la acción, o qué hace que se ejecute o no una performance cuando se tiene la competencia. Uno puede creer que las cosas deben ser de cierta manera, o querer que así sean, pero no hacer nada, aunque esté en nuestras manos, para que lo sean, o para impedir que lo sean si son temidas. La organización sintagmática clásica de las modalidades tampoco responde a la pregunta que el mismo Greimas (1983, 11) se había planteado en la introducción a *Del sentido II* sobre “¿qué hace que ciertos sujetos sean más deseosos, más capaces de obtener objetos de valor que otros?”, pues no siempre basta

con que sean más «competentes», más «eficaces»⁵, ni siquiera más dedicados o más apasionados.⁶ Fontanille y Zilberberg (1998, 176) lo explican en parte agregando a la implicación (si *quiere*, *sabe*, *puede*, entonces *hace*), la concesión (aunque *quiere*, *sabe*, ..., no obstante *no hace*; o a pesar de *no saber*, *no querer*, no obstante *hacer*). Aportan otras pistas cuando afirman que, para que se realice una acción, se requiere, además de que el sujeto sea competente, que *crea* en su propia competencia (que *crea querer*, *crea deber*, *crea saber* y *crea poder*), “en el sistema de valores en donde se va a inscribir su acción” (1998, 189), y que perciba (o sienta) la «eficacia» de su competencia (1998, 191).

Decía más arriba que sólo en principio se sostiene la necesidad de que exista una modalidad virtualizante para que se lleve a cabo una performance —y ahora podemos agregar que pasa lo mismo con la necesidad de que se crea en la propia competencia— pues, más allá de los textos en que Dios, el destino o la naturaleza aparecen explícitamente como destinadores del *querer* o el *deber* —o en que el contexto nos permite suponerlo—, hay que reconocer que el azar tiene una existencia semiótica y que muchas transformaciones surgen por accidente, sin que medie un querer o un deber hacer del sujeto operador.⁷ Se trata

⁵ Greimas adivinaba un cambio de *episteme* consistente en sustituir “el concepto fundamental de *verdad* por el de *eficacia* [...], considerada no tanto como un logro, sino más bien como un proceso que permite obtener resultados, teniendo en cuenta el conjunto de las precondiciones explicitadas”. La eficacia “se beneficia ciertamente del predominio, en nuestra época, del hacer sobre el ser” (1983, 19).

⁶ El hecho de que unos sujetos sean *más* competentes que otros permite considerar al menos ciertas modalidades como graduales, introduciendo la problemática de lo continuo y lo discreto de la que me ocuparé más adelante; no obstante deja sin resolver la cuestión de por qué en un punto de bifurcación, para seguir con el muy trillado ejemplo del perro, se ataca o se huye. Y es que la acción no se puede explicar como una suma de competencias y de creencias sobre esas competencias. No basta con querer, deber, poder y saber hacer. El todo nunca es igual a la suma de sus partes.

⁷ Greimas (1983, 193-241) se ocupó del accidente en las ciencias humanas al analizar el prefacio de *Nacimiento de los arcángeles* de Georges Dumézil.

de haceres instintivos, accidentales, provocados por otros, irrepetibles, involuntarios, en los que no media decisión alguna.⁸

Las observaciones de las páginas anteriores muestran cómo la organización sintagmática propuesta, aunque ha probado innumerables veces su eficacia, no es válida para todos los casos debido a su rigidez. Es necesario aprovechar el juego que esta estructura permite no sólo ampliando el número de modalidades que constituyen la competencia, sino también cuestionando la presuposición que liga los modos de existencia semiótica y la distribución fija de las modalidades según los modos de existencia.

El espectro modal podría ampliarse agregando dos modalidades que, aunque con un desarrollo dispar, han sido objeto de análisis y estudios diversos: *creer* (c) y *temer*⁹ (t). Las modalidades epistémicas, ligadas con el *creer*, han sido mucho más estudiadas y servido de modelo de las modalidades graduales;¹⁰ de hecho, Greimas y Fontanille (1991, 51) sugieren en *Semiótica de las pasiones* la posibilidad de caracterizar al modo potencial con el *creer*, lo que más tarde Fontanille confirma cuando incluye en este modo de existencia semiótica al *creer*, desdoblado en dos modalidades (1999, 164; 169-170). En *Tension et signification*, escrito por el propio Fontanille y por Zilberberg un año antes, también se incluye al *creer* en el modo potencial, pero curiosamente se hace una propuesta diferente porque:

- i) las modalidades se clasifican en endógenas y exógenas —y no de acuerdo con la relación del sujeto con el objeto o con un tercero—;

⁸ Desde luego, no sólo hay transformaciones que se realizan sin que medie un querer o un deber hacer del sujeto operador, sino que también existen destinadores accidentales que manipulan con su ser o con su hacer —o al menos provocan una cierta conducta del sujeto operador.

⁹ En frases tales como “Me temo que lloverá” o “Creo que lloverá”, *creer* y *temer* producen efectos de sentido parecidos.

¹⁰ Cfr. el artículo clásico de Greimas: “Saber y creer: un sólo universo cognitivo” (1983, 132-154).

- ii) el modo potencializado antecede al virtualizado —y no al actualizado—;
- iii) el modo potencializado incluye asumir (“el sujeto asume su competencia como una eficiencia sentida como «del interior»”) y adherir (“el sujeto se adhiere a su competencia como una eficiencia sentida como «del exterior»”), en un caso, y *creer* (creer en alguna cosa) y adherir (creer en alguien), en el otro;
- iv) se incluyen ser y hacer en el modo realizado (1998, 170).

Las tipologías propuestas en ambos libros son las siguientes:

Fontanille (1999, 170):¹¹

Modo	virtualizado	potencializado	actualizado
sujeto/objeto	querer	creer	saber
sujeto/tercero	deber	adherir	poder

Fontanille y Zilberberg (1998, 190):¹²

Modo	potencializado	virtualizado	actualizado	realizado
Endógena	asumir	querer	saber	ser
Exógena	adherir	deber	poder	hacer
	(creencias)	(motivaciones)	(aptitudes)	(efectuaciones)

Aunque resulta interesante rescatar la distinción entre modalidades intrínsecas y extrínsecas, encuentro difícil de sostener en ambas tipologías el hecho de encasillar unas modalidades como

¹¹ Esta tabla es una reconstrucción mía porque el original presenta contradicciones entre el texto y el cuadro.

¹² En realidad Fontanille y Zilberberg problematizan su propia propuesta en esa misma página, especialmente en lo tocante a la inclusión de *ser* y *hacer* como modalidades. Por cuestión de espacio nosotros hemos sacado de contexto esta tabla que forma parte de un capítulo completo dedicado a las modalidades.

endógenas/exógenas o según la relación del sujeto con el objeto/tercero; me parece más bien que cualquier modalidad puede comportarse de una manera o de otra (un deber autoimpuesto, un poder interior, un querer inducido, etc.).

El *temer* complementa la respuesta a la pregunta que se hacía Greimas (1983, 11) en la introducción a *Del sentido II* si ésta se reformula de la siguiente manera: “¿qué es lo que hace correr a estos sujetos detrás [delante]¹³ de los objetos? que los valores vertidos en los objetos son «deseables» [«temibles»].”

Desde luego este planteamiento no deja de ser una figura para ilustrar el punto, pues se puede correr detrás del objeto no sólo por deseo, sino también para vengarse o castigar, por coraje, odio, aversión, aborrecimiento e incluso por temor (como contraataque).

Correr delante del objeto es también una simplificación que requiere precisarse. Si bien es cierto que el sujeto puede ser perseguido y obligado a huir, puede también replegarse para contraatacar, intentar a su vez atemorizar al «enemigo» o enfrentarlo (y destruirlo en el caso extremo), negociar un acuerdo que puede llegar hasta la sumisión, provocar que ocurra justamente lo temido (caerse a un precipicio si se tiene pavor) o simplemente no hacer nada, quedarse paralizado, inmóvil, a merced de la amenaza, real o supuesta. Y es que el temor, ya sea fundado o infundado (lo mismo da), provoca una respuesta similar de parte del sujeto temeroso. Se puede temer a algo o a alguien sin que esto o éste represente un peligro real, porque pasa como con la ofensa, la defensa, el castigo o la venganza, sólo es necesario que alguien se sienta ofendido para que haya ofensa, basta con que uno crea que ha sido atacado o afrentado, pero no a la inversa, pues sin ofendido no hay ofensa ni ofensor. Podríamos decir que se ofende al que se deja, al que se considera a sí mismo como ofendido, juez, defensor o vengador. No se perdona al otro

¹³ Las palabras entre corchetes son mías. Ciertamente se podría agregar a *delante/detrás* un *junto a*.

por sus acciones o por sus errores, se le perdona o castiga porque nos sentimos ofendidos o aludidos.

Las relaciones entre el *querer* y el *temer* nos remiten en parte a la categoría tímica, euforia/disforia, pero van mucho más allá: ponen en un mismo horizonte al sujeto operador, al sujeto de estado y al objeto y les dan existencia semiótica. Estas relaciones son siempre complejas, pues *querer* y *temer* suelen mezclarse en diversas proporciones. Sólo que el *temer* funciona en muchos casos, pero no siempre, en sentido inverso al *querer*, es decir, se evita B, se hace A para evitar B o incluso se provoca que ocurra lo temido.

De manera resumida e inacabada aparece lo tratado en el cuadro siguiente:

	potencial	virtual	actual	realizado	
1.	h ¹⁴	q/d	p/s	hacer	estándar
2.	p/s	—	q/d	hacer	
3.	p/s	hi	q/d/c/t	hacer	
4.	—	—	p/s	hacer	accidental

Aquí las modalidades ocupan posiciones no fijas con el fin de conservar la relación de presuposición entre las modalidades asociadas con cada modo de existencia semiótica, aunque, como lo señalé antes, en el caso límite la presuposición puede perder su orientación.

La inestabilidad: continuidad de lo discreto

Entender a la competencia como modalización de la performance, amplía el concepto de transformación, considerada originalmente como puntualidad, como discontinuidad, como simple

¹⁴ Hacer interpretativo. Evaluación del estado de cosas y de los estados de ánimo.

paso de un estado discreto a otro, ya que, de cierta forma, las modalidades del *hacer* son las condiciones presupuestas, es decir, necesarias —aunque no suficientes, como vimos arriba— para la realización de cualquier programa narrativo. Sin embargo esto deja de lado el problema del cambio.

La posibilidad de contar con una mejor herramienta para el análisis del microcosmos del cambio surge con la dinámica de las transformaciones que permite replantear la transformación, gracias a su aspectualización, como un espacio liminal, y no ya como una puntualidad. En términos de Brandt, la transformación “opera un pasaje entre los [dos] estados previstos al nivel de la ‘junción’, desestabilizando (aboliendo) el primero y estabilizando (estableciendo) el segundo” (1986, 14).

La (in)estabilidad del espacio de transformación se explica en parte por el reconocimiento de fuerzas opuestas: a la inercia se oponen o se suman, entre otras, las fuerzas modales del sujeto de estado, del objeto, de la unión, del sujeto operador, del destinador y de otros sujetos como el adyuvante, el antisujeto o el antidestinador (Serrano, 1987, 4-5) y, entre las que, desde luego, se encuentran sus correspondientes disposiciones pasionales.

Junto a este universo tensivo al nivel del enunciado, “la estabilidad es altamente dependiente de la estrategia del enunciatario”, tomando en cuenta, claro está, “las obligaciones que le impone su sociolecto y el contrato que supone ha establecido con el enunciatario” (Serrano, 1987, 6).

Es dentro de este espacio continuo —donde el recorrido narrativo tradicional orientado por la presuposición no parece funcionar— que un cambio de sentido —de la deducción hacia la abducción— amplía las posibilidades considerablemente, al permitir, gracias a las modalidades, una infinidad de mundos posibles.

Guardadas las proporciones, se trata de un fenómeno similar al surgimiento de la teoría general de la relatividad ante la imposibilidad de la física clásica (newtoniana), de dar cuenta de

muchos fenómenos cuando se viaja a grandes velocidades, donde ni la masa ni el tiempo ni el tamaño se conservan; sin que ello impida que a velocidades “normales” siga teniendo vigencia. Pero resulta mucho más interesante aún, hacer esta comparación con la física cuántica, que permitió mostrar cómo las leyes que se aplican a nivel macro, no pueden dar cuenta de lo que a nivel micro sucede, tal y como pasa cuando se considera a la transformación a través de un microscopio analítico. Se trata básicamente del mismo proceso, sólo que invertido, pues mientras la teoría de los cuanta se enfrentaba, con todas la de perder, a una concepción continua del universo, al afirmar que la energía radiada en un cuerpo negro sólo puede tener valores discretos, la teoría semiótica de las pasiones se enfrenta a una concepción discreta del significado.

Apertura al imaginario

Cuando nos ocupamos de la presuposición entre dos enunciados narrativos, uno modalizando al otro, decíamos que el enunciado modal es constante, en el sentido de que su presencia es condición necesaria para la presencia del enunciado variable, mas no a la inversa. La semiótica ha aprovechado de manera dispareja lo que encierra la oración anterior, casi siempre en el sentido de que la performance presupone a la competencia, poniendo poca atención a que no sucede lo mismo a la inversa. En su tesis doctoral, P.A. Brandt (1986), aprovechando esta asimetría, plantea que las modalidades construyen un espacio imaginario en el discurso. Según Fontanille, la modalización establece y mide la distancia entre “el recorrido de los modos de existencia que corresponde al actante semio-narrativo, que puede ser presenciado desde cualquier punto de vista, y el recorrido de los ‘simulacros existenciales’, que corresponde al actante tensivo, y que no puede ser presenciado más que desde el punto de vista del sujeto pasional” (1993b, 104).

Estos simulacros existenciales (“proyecciones del sujeto en un imaginario pasional”), planteados por Greimas y Fontanille en *Semiótica de las pasiones* (1991, 52-57), no sólo se pueden constituir antes de que se realice la acción, o suspendiendo la performance, sino también cuando se supone que cierta condición se dio (o no se dio) o se dará (o no).

Se puede vivir el presente como una plenitud —presencia de la presencia— o como un vacío —ausencia de la ausencia— (Fontanille, 1993c, 16-18); se puede expulsar el presente al pasado o al futuro (o incluso intentar borrarlo) —ausencia de la presencia—, o se puede traer al presente el pasado o el futuro (reales o supuestos) —presencia de la ausencia—, sentirlo de la misma manera que antes (eufórica o disfórica) o invertido (euforia por disforia):

<i>pasado</i>	<i>presente</i>	
euforia	euforia	revivir ¹⁵
disforia	disforia	resentir
euforia	disforia	nostalgia
disforia	euforia	indulgencia
<i>presente</i>	<i>proyección al futuro</i>	
euforia	euforia	optimismo
disforia	disforia	pesimismo
euforia	disforia	resignación
disforia	euforia	esperanza

En *El fin de la eternidad*, Isaac Asimov plantea magistralmente la cuarta dimensión: el tiempo como una coordenada espacial gracias al descubrimiento de la eternidad. Es como si la secuencialidad se convirtiera en simultaneidad, como si se es-

¹⁵ Sólo a manera de comentario anoto en esta columna una posible caracterización.

pacializara el tiempo, pues en la eternidad es posible, por ejemplo, realizar intercambios con otros siglos. Cada siglo posee un sinnúmero de realidades, diseñadas y producidas por un pequeño grupo de “eternos”, a quienes podríamos llamar ingenieros sociales. Estas nuevas realidades son cuidadosamente planeadas por los programadores, basados en cálculos probabilísticos, y llevadas a cabo por los ejecutores, quienes implantan los *cambios mínimos necesarios* para producir una nueva realidad, siempre más estable que la anterior. En estas realidades todo transcurre con tranquilidad, nada sale de sus cauces y, si lo hace, basta un *cambio mínimo* para crear otra realidad. Como esta continua estabilidad se alcanza a costa de una drástica reducción de la creatividad, sólo el fin de la eternidad restituye al mundo todas sus potencialidades y lo abre hacia el infinito.

Los simulacros permiten preveer también esta operación, no ya de realizar sino de *suponer*, un cambio mínimo necesario para alterar el presente; lo curioso es que para el sujeto pueden llegar a ser tan «reales», tan dolorosos o placenteros, e incluso más.

El funcionamiento pasional de las modalidades ha permitido, según Jacques Fontanille, “(i) la articulación de las modalizaciones y las modulaciones, (ii) la noción de dispositivo pasional, (iii) la sintaxis intermodal, y (iv) el imaginario modal y los simulacros pasionales” (1993a, 65). Junto con la teoría semiótica de la imperfección, el imaginario modal expande el universo en tres dimensiones: hacia el futuro, tomando en cuenta la disposición de los sujetos y multiplicando los escenarios posibles; hacia el pasado, a través de las modalidades veridictorias, y hacia el presente, multiplicando los dominios de realidad que la semiótica puede abordar, como diría Maturana (1990), desde la objetividad entre paréntesis.

Bibliografía

- ASIMOV, Isaac (1955). *El fin de la eternidad*. Trad. de Fritz Sengespeck. Barcelona: Orbis, 1977.
- BRANDT, Per Aage (1986). *La charpente modale du sens*. Borrador de tesis.
- GREIMAS, A. J. (1983). *Del sentido II (Ensayos semióticos)*. Trad. de Esther Diamante. Madrid: Gredos, 1989.
- (1976). “Para una teoría de las modalidades” en Greimas (1983, 79-106).
- (1979). “De la modalización del ser” en Greimas (1983, 107-118).
- y Joseph COURTÉS (1986). *Sémiotique. Dictionnaire Raisonné de la Théorie du Langage II (Compléments, débats, propositions)*. París: Hachette.
- y Jacques FONTANILLE (1991). *Semiótica de las pasiones. De los estados de cosas a los estados de ánimo*. Trad. de Gabriel Hernández y Roberto Flores. México: Siglo XXI, 1994.
- FONTANILLE, Jacques (1993a). “El giro modal en semiótica” en *Morphé*. Puebla: UAP, enero-diciembre de 1993, núm. 9-10, pp. 53-79.
- (1993b). “La epistemología de las pasiones” en *Morphé*. Puebla: UAP, enero-diciembre de 1993, núm. 9-10, pp. 81-108.
- (1993c). “La base perceptiva de la semiótica” en *Morphé*. Puebla: UAP, enero-diciembre de 1993, núm. 9-10, pp. 9-35.
- (1999). *Sémiotique du discours*. Limoges: Pulim, 1999.
- y Claude ZILBERBERG (1998). *Tensión et significación*. Lieja: Mardaga.
- HJELMSLEV, Louis (1943). *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*. Trad. de José Luis Díaz del Llano. Madrid: Gredos, 1980.
- MATURANA, Humberto (1990). *Biología de la cognición y epistemología*. Temuco: Ediciones Universidad de la Frontera. (Serie *Ensayos*, 1).
- SERRANO OSORIO, Francisco “El recorrido narrativo: eje fundamental de las estructuras narrativas” en *Escritos. Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje*. Puebla: UAP, enero-diciembre de 1988, núm. 3-4, pp. 3-9.